

funcional y estética: las ideas se manifiestan siempre en la justa expresión. Un lenguaje que encierra un estilo y es riguroso pensamiento.

El autor incluye al final unos pocos pero bien escogidos textos, que son el más elocuente testimonio de la veracidad de todo lo escrito en las páginas anteriores. La prueba irrefutable—por si alguien lo olvida—de que Larra es un escritor asombrosamente contemporáneo. Y vencedor del tiempo.

Con adecuadas y espléndidamente reproducidas ilustraciones, *Larra. Anatomía de un dandy* ha sido editado con corte grato y europeo por la joven y prometedora editorial Alfaguara.—EMILIO MIRÓ.

NICOLA ABBAGNANO y A. VISALBERGHI: *Historia de la pedagogía*. Fondo de Cultura Económica. México, Buenos Aires, Madrid, 1964.

El concepto que los autores tienen de la educación—de la *praxis* educativa—, y que comentaremos después, les lleva a enmarcar la historia de la pedagogía dentro de la historia de la filosofía y de la cultura, «por tratarse de tres aspectos de la evolución histórica que se iluminan recíprocamente».

En la introducción se nos explica la conexión de la pedagogía con la filosofía y la cultura, a través del mito de Prometeo, según se cuenta en el *Protágoras* de Platón. Las dos verdades principales que de él se deducen son éstas:

a) El hombre no puede pervivir sin las artes mecánicas y sin el arte de la convivencia.

b) Estas artes—precisamente por ser *artes*—han de ser aprendidas.

A diferencia del animal, el hombre requiere un largo adiestramiento para poder vivir: no le basta, como al animal, el uso inmediato de sus órganos; necesita de las artes mecánicas y morales, de los dones de Prometeo y Zeus.

Pues bien. Cada grupo humano posee un conjunto de técnicas, usos y costumbres, los cuales le permiten sobrevivir. Es lo que entendemos por *cultura*. Al grupo le va la existencia en la cultura; si no quiere extinguirse, ha de procurar que su cultura se vaya transmitiendo de generación en generación. «Esta transmisión—dicen los autores—es la *educación*.» Es tan esencial este fenómeno en todos los grupos que siempre—sobre todo en las sociedades primitivas—han gozado de un *carácter sagrado*.

Las sociedades primarias o primitivas—dadas las dificultades que encuentran para aprender y transmitir las diversas técnicas—tienden a reforzar su carácter sagrado y procuran que no se modifiquen, ya que cualquier novedad o mutación instalaría en ellas la inseguridad. De ahí que sean sociedades estáticas.

Frente a ellas, las sociedades civilizadas o secundarias—gracias al saber racional, sobre todo—son capaces de renovar las técnicas culturales. Son sociedades *dinámicas* y abiertas. Se suele decir que las sociedades primarias poseen más vitalidad y que son más jóvenes, en cuanto se las concibe con fuerzas sin estrenar. Pero no es así. Las sociedades primitivas resultan viejas, si se comparan con las civilizadas, que son las verdaderamente jóvenes precisamente por su capacidad de renovación.

El cometido de la filosofía es conservar y renovar la cultura: «por una parte, conservar y defender los elementos culturales considerados como válidos; por otra, combatir y eliminar los elementos culturales que se hayan convertido en lastre y promover nuevos desarrollos de la cultura. Esto lo puede hacer no ocupando el lugar de esta o aquella ciencia ya constituída, sino—en ocasiones—ayudado a que se constituyan ciencias nuevas y, en general, esforzándose siempre por mantener vivo un clima de libertad intelectual, de discusión, sin prejuicios, y de apertura hacia lo nuevo y lo imprevisto».

Así se puede entender perfectamente a la pedagogía como una disciplina filosófica, a saber: la *filosofía de la educación*, que estudia «los modos de cómo las nuevas generaciones deben *ponerse en contacto con el patrimonio pasado sin quedar esclavizado por éste*». El parentesco entre la filosofía y la pedagogía es tan estrecho, que casi se identifican, ya que «toda filosofía vital es, necesaria e íntimamente, una *filosofía de la educación*, porque tiende a promover formas y modalidades de cultura de cierto tipo y porque contempla un cierto ideal de formación humana, aunque no lo considera definitivo ni perfecto».

Muchos incluyen en el concepto de pedagogía también a una serie de disciplinas que se requieren para «el control del proceso educativo»: psicología, sociología, didáctica y decimología. Esto no le parece correcto a los autores, aunque piensan que la pedagogía debe tener en cuenta las relaciones que guarda con tales ciencias; son estas relaciones las que le distinguirían de la filosofía general. «Precisamente a la pedagogía compete la tarea de coordinar las contribuciones de las diversas ciencias auxiliares y técnicas didácticas y de impedir que se caiga en *recetas fijas*, de evitar que se *cristalicen* los métodos y los valores y, en resumen, de llevar a cabo aquella misión de apertura hacia lo nuevo y lo diverso que tiene en común con la filosofía, o, para decirlo

mejor, que tiene *en la medida en que es filosofía.*» La enseñanza es algo real y efectivo en la medida en que la pedagogía es filosofía.

La conexión entre pedagogía, cultura y filosofía es ahora evidente. Este enfoque condiciona la historia de la pedagogía tal como la entienden Abagnano y Visalberghi, y es lo que hace de esta obra un libro original y fecundo como pocos.

La visión *histórica* de los problemas pedagógicos se justifica por la sencilla razón de que con el estudio de sus orígenes y de las soluciones ensayadas a lo largo del tiempo se iluminan y aclaran sus problemas actuales.

Esta historia abarca desde el antiguo Oriente y, luego, Grecia y Roma; pasando por el Medioevo y el Renacimiento, hasta Kant y las corrientes filosóficas contemporáneas: no se omite ninguna figura importante en el campo de la filosofía y de la educación. Termina con John Dewey y la escuela «progresiva» norteamericana, y la «nueva educación» europea.

Como dar un resumen de la obra era, en este caso, imposible, me pareció más útil dar al lector una idea de la manera tan original como positiva con que los autores han enfrentado el problema. No obstante, quiero, antes de acabar, mostrar cómo la originalidad no sólo se da con respecto al *enfoque*, sino también en las concretas investigaciones hechas por los autores sin los lugares comunes tan frecuentes en esta clase de obras. Comprobémoslo en el caso concreto de Grecia, del llamado «milagro griego».

Por tratarse de un libro dedicado a la educación, los autores aluden a las materias de una escuela secundaria moderna, para afirmar que todas ellas tienen su origen en Grecia y que las que—como la geometría—nos fueron transmitidas por los griegos, recibieron de ellos una huella definitiva: «el maravilloso rigor de una demostración geométrica es un don que la humanidad debe a Grecia y no a ningún otro pueblo (y constituye aún hoy el modelo ideal de un conocimiento científico perfectamente organizado)».

Existe el peligro de idolatrar lo griego. Los autores niegan que se tratara de un pueblo excepcionalmente inteligente: «no existen pueblos inteligentes ni pueblos estúpidos»; tampoco puede atribuirse al clima o a la situación geográfica tal éxito de los griegos. Si se compara a Grecia con los pueblos orientales de su tiempo, las consideraciones se desenvuelven en otro nivel. Lo que se advierte entonces es lo siguiente: las civilizaciones orientales se desarrollan sobre fuertes organizaciones estatales que dominan grandes masas de territorios; a los monarcas, dotados de carácter sagrado, sirven de instrumento castas sacerdotales y guerreras que *monopolizan el poder y el saber.*

El carácter *nómada* del pueblo judío podía haber proporcionado a éste una ventaja sobre el resto de los orientales si no hubiese estado gobernado también por una casta sacerdotal. He aquí lo que caracteriza a Grecia: «La civilización griega es una civilización *laica*, donde no existe una clase sacerdotal potente y organizada; es una civilización de *ciudadanos-soldados*, donde no existe, salvo en momentos y sitios particulares, una clase o casta guerrera; es una civilización que madura sobre estructuras políticas extremadamente *fraccionadas* (las ciudades-estados), nunca *estáticas*, sino en *perenne desarrollo*, y en las que por primera vez en la historia del mundo se afirman formas conscientes y elaboradas de *democracia*; es, por tanto, una civilización donde ocupa un lugar prominente la *discusión* ante asambleas con poderes deliberativos, de forma que el problema de la *persuasión racional* (y, por tanto, de la ciencia y la filosofía) emerge en formas hasta entonces desconocidas».—ROMANO GARCÍA.

JOHN DEWEY: *Naturaleza humana y conducta*. Breviario 177 del Fondo de Cultura Económica. Méjico, Buenos Aires, Madrid, 1964.

No he unido por casualidad estas dos notas. Por una parte, *Naturaleza humana y conducta* es un libro de moral, y ésta consiste—para Dewey—en la educación. Por otra, la misma *Historia de la Pedagogía* nos ayudará a hablar de Dewey.

Hegel, Darwin y Peirce son los autores que más han influido en Dewey. Peirce le enseñó a analizar las ideas desde el punto de vista de las consecuencias de su aplicación. Siguiendo a Darwin, toma a la «biología» como modelo de sus investigaciones, en cuanto atribuye todos los «problemas» a un desajuste entre organismo y ambiente. Al igual que Hegel, considera Dewey las distintas articulaciones de la experiencia y de la vida como simples momentos de un desarrollo y no como algo *estático*; aunque—a diferencia de Hegel—creo que el error y la incertidumbre son posibles y hasta normales: «la razón no es más que un medio para alcanzar una situación de mayor estabilidad y seguridad» (Abagnano).

En el prólogo de la obra, Dewey señala que su investigación está en la línea de Hume, aunque superándola. Hume tiene razón cuando afirma que el conocimiento de la naturaleza humana es lo único que nos permitiría encaminar nuestros pasos por el intrincado mundo de la vida social, económica y política. En cambio, no advirtió la influen-

cía de signo contrario: el impacto de los hábitos sociales y del medio sobre la naturaleza humana—influencia que también se ha sobrevalorado unilateralmente—. Frente a esas dos tendencias unilaterales, defendidas por sendas escuelas, Dewey defiende una interacción, una transacción. El problema que preside toda la obra es el de «obtener y conservar el equilibrio entre la naturaleza humana intrínseca, por una parte, y las costumbres e instituciones sociales, por la otra»... La «moral», en su sentido más amplio, es una *función* de la acción recíproca de estas dos fuerzas [el subrayado es mío].

La razón—decíamos antes—es un *medio* para alcanzar mayor estabilidad en la experiencia y en la vida; la moral, por su parte, es una *función* dentro del juego recíproco entre la naturaleza humana y el medio social. Como se ve, Dewey está dentro de la más pura corriente anglosajona.

La filosofía continental confía más en la razón, y su moral correspondiente descansa en principios metafísicos, separados de la naturaleza humana, de su concreta existencia. Contra este tipo de moral arremete Dewey sin compasión. Su principal defecto consiste en que se apoya en el desconocimiento de la naturaleza humana.

El desconocimiento de la naturaleza humana trae consigo un desprecio, o admiración sin límites, de la misma. Igualmente se termina por exaltar las cualidades más comunes y corrientes en la naturaleza humana, y así se provoca «el instinto gregario hacia la conformidad»: la Iglesia católica se hace eco de esta tendencia cuando elabora una moral para las multitudes y se vuelve comprensiva para las flaquezas de la carne; el protestantismo adolece del mismo defecto cuando se para la moral de la religión.

La moral que se basa en unos principios «separados» de la naturaleza humana, al comprobar que ésta no se le somete del todo, tiende a considerarla como mala. Tiene entonces que recurrir al control despótico por parte de las clases representativas de lo moral: se desemboca así en una moral de oligarquías.

«Al separar de la naturaleza humana los principios morales, se termina por retirar dichos principios del aire libre de la luz del día para encerrarlos en la oscuridad y reclusión de una vida interior». El autor ilustra este aserto con la cuestión del libre albedrío. Para encontrarle significado y sentido «debemos pasar de las teorías morales a la lucha general del hombre por la libertad política, económica y religiosa, por la libertad de pensamiento, palabra, asociación y credo. Nos encontramos entonces fuera de la atmósfera cerrada o sofocante de una conciencia interior y estamos al aire libre».

Si unimos el conocimiento de la naturaleza humana con el am-

biente y la sociedad, podremos disponer de una moral «seria sin ser fanática, con aspiraciones pero sin sentimentalismos, adaptada a la realidad sin convencionalismos, sensata sin ser calculadora, e idealista sin ser romántica».

La moral desarrolla en nosotros el sentido de la conducta al controlar nuestra actividad en la dirección de lo mejor; y las categorías de lo mejor y lo peor no se establecen desde cánones trascendentes, sino desde el contexto «naturaleza humana-sociedad». La moral es educación, en cuanto nos ayuda a formar el sentido de la conducta para salir a flote en los posibles conflictos entre la naturaleza humana y el ambiente; y este éxito ha de encaminarse al presente y no al futuro: «el sentido presente de la acción es el único bien que puede ocupar totalmente al pensamiento».

La obra —al margen de su valor constructivo y sistemático— está llena de sagaces y bellísimas observaciones que «desenmascaran» infinidad de «mentiras» que venían identificándose con las morales tradicionales.—R. G.

NUEVO COMBATE DEL HOMBRE POR LA TIERRA

Cuando menos, tres de las novelas ya publicadas por Agustín Yáñez merecen un estudio detenido. *La tierra pródiga*, *La creación* y *Al filo del agua*, cada una en sus distintos ambientes y aspectos son dignas de un análisis detenido por lo que representan en el actual momento de la literatura de lengua española.

De ellas, *La tierra pródiga* es, sin duda alguna, la más interesante y la de más amplio perfil literario y social. Aun cuando, quizá sea la que más se confía al estilo narrativo, posee valores evidentes y es una de las obras que mejor reflejan la diversa y rica personalidad de su autor, del novelista jaliscense Agustín Yáñez, excelente estilista y gran creador de ficciones.

«LA TIERRA PRÓDIGA» Y SU POLÉMICA

Contradictorios son los juicios que la crítica literaria iberoamericana ha vertido en torno a esta obra. De ellos, el más excesivo en su oposición es el que firma Manuel Pedro González, en la revista *Casa de las Américas*, números 11 y 12, de junio de 1962. El crítico pretende